

## Sófocles: pervivencia de un clásico

Para Dios, veinticinco siglos son un parpadeo. Para los hombres, dos mil quinientos años son una eternidad. Ergo, Sófocles es eterno.

Si no lo fuera, no hubiera sobrevivido al exilio - el peor castigo para un ateniense- que implica traerlo desde la Atenas de los mármoles de Fidias a esta Buenos Aires de los shopping centers, de aquella tarde festiva de verano en que hombres de negras barbas y túnicas blancas colmaban los bancos de piedra del anfiteatro para celebrar el rito catártico de la tragedia, a esta noche de mayo invernal en que mujeres de cortas lecturas y largos tapados de piel hacen del hall del teatro el escenario en que actúan su propia comedia. Pero cuando mueren las luces de la sala y una antorcha se enciende ante el escenario, Orestes, vengador de un padre, gana la escena, y de allí hasta el final de la representación, director y actores darán testimonio de que Sófocles, a pesar del exilio, vive.

El "Amphi-Theatro" es una compañía que tiene su sede en Atenas y que está subsidiada por el Ministerio de Cultura de Grecia. Creador de la compañía y su actual director, Spyros Evangelatos ha dirigido, entre otras obras clásicas, *La Odisea*, de Homero, *Prometeo encadenado*, *La Orestíada* y la *Psicostasia*, de Esquilo, e *Ifigenia en Aulide*, de Eurípides. El "Amphi-Theatro" desembarcó en nuestro país para presentar *Electra*, de Sófocles, el 6 y 7 de mayo en Buenos Aires (teatro Coliseo) y dos días más tarde en Córdoba (teatro San Martín).

¿Por qué sigue vivo el teatro de Sófocles?. Según la estudiosa María Rosa Lida, porque es clásico. Humanismo, objetividad y arte universal, son las notas que definen la clasicidad de la obra de Sófocles. Humanismo, porque se ocupa del hombre en cuanto a sus condiciones esenciales, las que sobreviven a todo cambio y perduran en el tiempo. Objetividad, porque sus personajes se enfrentan con realidades, no con ensoñaciones ni

quimeras. Universal, porque a partir de la tragedia de hombres particulares su genio sabe descubrir al hombre.

*Electra* es mucho más que la venganza de dos hermanos contra la madre, asesina de su padre y en vergonzoso contubernio con un hombre ruín. Es además la oposición entre una *Electra* valerosa y resuelta a hacer justicia, y su hermana Crisótemis, conciente de la injusticia pero demasiado débil como para repararla. Es también la lucha interior de una Clitemnestra que, al recibir la falsa noticia de la muerte de su hijo vengador, se debate entre el dolor y el contento ("¡Oh, Zeus! ¿Qué decir? ¿Es una dicha, es una desgracia lo que me sucede? ¿Acaso una desgracia provechosa?. Sin embargo, ¡qué tristeza tener la vida a salvo a expensas de los propios lutos!"). *Electra* es, sobre todo, el sufrimiento de dos hermanos que deben vengar a su padre matando a su madre o es, dicho de otro modo, la derrota de los que triunfaron vertiendo



sangre matricida.

El criterio que Spyros Evangelatos aplicó en esta representación, ha sido respetar el texto original, aproximando la lengua al griego moderno y adaptando la puesta en escena clásica a los códigos estéticos del teatro moderno. Que los actores ahora no usen máscaras es un cambio en nada censurable: la máscara del personaje de Electra nos hubiera vedado el rostro de Leda Thassopoulou, cuya diáfana expresión dejó translucir las tempestades que agitan el alma de la vengadora. Sí hubiera sido reprochable, que el coro no evolucione en cerrada formación si el director no hubiera dispuesto a las coreutas de un modo tan plástico en torno de la figura central, como en la escena en que la heroína escucha, tumbada por el dolor, el relato de la muerte de su hermano, y las doce mujeres, de negros atavío, se tienden alrededor de ella a manera de un sepulcro del que asoma, pálido, el rostro de Electra.

Es difícil para el actor representar tragedia sin declamar. Esta vez los actores salvan esa dificultad y son creíbles, excepto Giannis Fertis en el papel de Orestes, casi en la sobreactuación. Sobresalen Nikitas Tsakiroglou, doblemente actor cuando su personaje del Preceptor comienza a narrar dubitativo la fingida carrera en la que muere Orestes y luego, creyéndose su propia ficción, se apasiona con el relato; y Martha Vourtsi, una escalofriante Clitemnestra.

La escenografía reproduce las puertas del palacio de los Pelópidas y, en su simétrica sobriedad, es oportuna. La música acentúa el patetismo de las instancias de mayor tensión y acompaña algunas intervenciones del coro. Aunque la iluminación pudo haber sido más esmerada, el vestuario enriqueció la puesta, reproduciendo la vestimenta de la época pero subrayando rasgos esenciales de cada personaje. Así, Electra, que desprecia el lujo ilegítimo del poder usurpado, viste oscuros harapos, mientras que su hermana, amoldada a las

circunstancias, luce túnicas blancas y bordadas en oro. El cuerpo flaco de las coreutas, de negro igual que Electra, contrasta con la figura imponente de Clitemnestra, con un vestido claro de anchas hombreras y alhajas propias de una reina. Al final de la obra, el paño que envuelve su cuerpo ya sacrificado es de color bermejo.

Aunque director y actores han cumplido una labor encomiable, el mérito del aplauso final -por lo menos el de este estudiante de Letras- lo tiene el texto, inteligente y emotivo, que conmueve desde la profundidad de los conceptos hasta la poeticidad de la expresión. Abundan exclamaciones, interrogaciones retóricas y oxímora que aparecen tanto en el nivel del discurso como en el de los hechos. Así, la esencia dramática de Electra es el contraste entre su condición femenina, que supondría debilidad y sumisión, y la virilidad de su espíritu resuelto a poner las cosas en su lugar. Hay largos monólogos de reflexiones y lamentos, y diálogos ágiles e ingeniosos. En la anagnórisis de Orestes por parte de Electra, con cada intervención en el diálogo, el hermano parece quitarse un velo hasta revelar su verdadera identidad:

**Electra.-** *Entonces, ¿dónde está la tumba de ese desgraciado?*

**Orestes.-** *No hay tal tumba; quien vive, no la necesita.*

**Electra.-** *¿Qué has dicho hijo mío?*

**Orestes.-** *Nada que no sea verdad.*

**Electra.-** *¿Vive, pues, mi hermano?*

**Orestes.-** *Sí, aún respiro.*

Cuando la antorcha que ardía ante el escenario adormece su fuego, se enciende el aplauso. Las "intelectuales" de la platea, que no se han quitado las pieles a pesar de la calefacción, buscan veloces la salida. Una parte del público persevera en el aplauso y le obsequia a Leda (Electra) un ramo de flores.

Para Sófocles, por supuesto, los laureles.

Alejandro Ploupakís  
3er. Año - Letras.